

TRAS ÉL

POR XAVIER TEMPESTA

Uno

Le irrita que no vayan a, que no se atrevan. Pactó las traiciones más viles, hundió la daga de la cobardía en espaldas fraternas, traficó inocentes, perfeccionó el mecanismo de trampas imperdonables; pero el estertor final no se adelanta, no le otorga el beneficio de la desaparición, del cese definitivo. Sabe que lo persiguen, y que ya es, al mismo tiempo, un cautivo. Sus fotografías, que nadie ha visto, están impresas hasta en el pavimento, y sobre sus hombros pesa el desprecio de un enemigo invencible, un enemigo colectivo que se arrastra por las calles como una serpiente sagrada y sin cuerpo. Teme por su vida, por su muerte. Si esperan tanto, si teniéndolo cerca no lo liquidan, si pese al descubrimiento de sus quehaceres más íntimos nada le hacen, si dos o veinte veces sus sienes han escurrido de pánico, cobijadas por el frío del cañón a la espera de una bala que no se dispara; si el punto de láser rojo que permanece inmóvil en su frente, a cada movimiento, no ha horadado un ápice de piel, la única explicación es que le reservan una venganza sin precedentes. No ha retenido, desde el inicio del acecho, una sola cara. Las sombras que lo acorralan tienen sin embargo un aliento que puede presentirse, una consistencia no menor a la de cualquier convicto sin escrúpulos.

Ellos

Sí existimos. ¿O acaso será mejor referir que, de alguna manera, estamos? Es menos relevante nuestra identidad que los actos que nos conciernen : escribir sobre él conviene más. Es pertinente, aunque inútil, por ejemplo, precisar cómo se llama. Ya sabemos quién es, y conocemos el gesto que adopta luego de asaltarle un estornudo. Sus actividades

pertenecen al conocimiento general desde que fue “libre”: cuántas horas duerme, cuántas no; sus fobias, el olor de su cuello, la medida exacta del calzado. Por turnos, vigilamos el comportamiento de este objeto viviente al grado de predecir sus reacciones. Ha intentado ahorcarse, cortamos la soga; saltar de un puente, colocamos una red debajo; ingerir veneno, extraemos las toxinas; cortarse las venas, restituimos el flujo sanguíneo al instante; ahogarse, vaciamos el agua ya sea de un pozo, de un río; acuchillarse el corazón, le instalamos desde la primera tentativa un blindaje que no puede ser traspasado, dada su terquedad por abandonar el mundo a puñaladas. Debe resultarle exasperante no vernos, no saber quiénes lo amenazan con sigilo al recostarse, quiénes achatan el filo de los espejos con los cuales ha intentado tajar sus capas frágiles, quiénes lo devuelven a la sanidad –y a la cordura– sin costras.

Uno

Él quiere, necesita, urge, ansía morir. No le está permitido. Pretenden que viva para siempre. Lo sentenciaba el telegrama que recibió tal mañana, apenas dos pasos transcurridos a las afueras del Reclusorio. Se lo extendió el último sobreviviente, quien finalizada la entrega fue separado de su corporeidad mediante un sorbo, como si se tratase de una acuarela demasiado fresca, con caracteres humanos, borrada en milésimas o extraviada dentro de la espesura de un vapor silente. “El castigo recién ha comenzado. Usted no morirá. Prepárese para vivir”, rezaban las marcas en el papel. Fue entonces cuando notó el círculo diminuto, brillante, que le subió con lentitud por los pies hasta posarse justo arriba de las cejas, donde continúa fijo, como un insecto hambriento con las mandíbulas abiertas, suspendidas. ¿Tras qué camuflaje se oculta el francotirador que le condiciona hasta los latidos, si en torno suyo no percibe más que una ciudad desierta? No

hay nunca nadie. Y él vive. Sigue malditamente vivo. Está, pues, solo, y su angustia –lo mismo que la soledad– es insoportable. Sabe que no pueden, que no van a. Matarlo signaría la conclusión del entretenimiento, configurado a partir de una cacería que por fuerza debe perpetuarse. Las razones de esta anomalía no importan. Lo que trasciende hasta estas líneas es que le molesta, le fastidia, le revienta no morir ya y no poder morir pronto.

Ellos

Hay una manera. Todo laberinto tiene su fórmula, su lógica de desenlace. Es plausible que se nos adelante. No ha podido saber cómo ganarnos, aunque la solución es hartamente simple : basta con que adquiera un lente con la suficiente potencia –los hay– para que pueda vernos y aplastarnos en una cuenta breve de segundos. Somos tan pequeños, tan inofensivos, somos tan repugnantes y sagaces, que él, por más esfuerzos, por más intentos, no va a dar con nosotros : nosotros siempre damos con él. Ahora mismo está siendo examinado. Ha salido a la terraza de su apartamento, con la presunta intención de arrojarse. Va y viene como uno de esos llamados animales domésticos, trazando espirales a la espera de un impulso tardío, un impulso que de tornarse inminente sabotaremos en menos de lo que lo intenta. Estamos dentro suyo. Somos sus habitantes. Él ni siquiera es culpable de los actos crueles que lo condenaron. Desde el primer instante en que sus párpados rechazaron la luz demasiado agria de los rayos solares, predeterminamos su existencia. Ha sido nuestro, siempre. ¿Por qué lo escogimos? Lejos de establecer una equivalencia matemática con las coordenadas que fechan su nacimiento, o de adosarle una propiedad divina, lo escogimos simplemente porque puede resistir el martirio, porque hay quienes escogen y hay quienes son escogidos. La elección es altamente riesgosa, y casi nunca justa... Un lente, eso, un lente que multiplique la fuerza de un haz diurno y nos queme o nos lastime. Un lente de

aumento que revele nuestra pasividad sedentaria. Porque nosotros no nos movemos, somos un pliego de diminutos circuitos encajados en todas partes, una cuenca inmensa de filamentos que recepta incluso las ideas que brotan, las sensaciones que experimentan las pocas personas que quedan y hasta las interferencias denominadas fantasmas o apariciones.

Uno

Ya no puede. Ya no va a poder más. Está agotado de tanto no cansarse. Está horrorizado de tanto no sentir miedo. Está triste a causa de su felicidad, que ya no le concede la dicha de los imprevistos, que se le mete por debajo de las uñas. La prevención de los daños planificados a conciencia, en contra de sí mismo, le ha traído como consecuencia un bienestar amargo. Intuye la verdad : en el nuevo mundo que le tienen deparado no existe el fracaso, no existe la muerte. El éxito es la prebenda de la que nadie quedará desprovisto. Morir y fracasar son verbos paralelos. Sin arte, sin muerte (porque ésta podría ser la obra más personal), ¿qué hacer? Debe hallar la manera. Le quitan el único derecho al que puede aspirar cualquier individuo : el derecho a desconectarse. Le dejan, a cambio, un equilibrio engañoso, una cuenta regresiva que no se sabe cuándo. Terminará en la terraza. Todo debe acabar allí. Sabe que su abandono, de cualquier modo, aloja la compañía de ellos. Está solo —y esto ya es el colmo— sin estarlo como se debe. Y sigue estando en la terraza. Podría decirse que amanece, que observa frente a sí, mientras respira un aire purificado, mas no natural, el despliegue tecnológico de la reconstrucción, obrada por una gran mano, difusa y metódica, que ha iniciado otro retroceso. Su mirada busca, sus sentidos buscan. Está ofreciéndose a un ídolo voraz que de pronto dejó de tener hambre. ¿Dónde estará escondida la dama negra? ¿Cómo asirla, si está maniatado, si carece de reflejos, si el débil instinto de renunciación es todo lo que activa en él un deseo netamente puro : el deseo de claudicar? Y

el punto rojo que no lo perfora todavía. Y el punto rojo que es un adorno ridículo de su eternidad cercana y temida. Está distinguiéndolo, está protegiéndolo. Los escombros removidos a velocidad vertiginosa pasan a su costado sin herirlo, como si fuera una transparencia. Las modificaciones de los climas no lo sacuden. La pestilencia de los cuerpos subyacentes que son reciclados en masa no lo envenena. ¿Por qué? Lo escogieron, eso es todo, lo escogieron y lo marcaron con un punto rojo, con un ángel rojo que lo cuida y lo secuestra. Quizá el hechizo se quebrante con la eliminación de su guardián ¿Cómo deshacerse de un destello? ¿Cómo romper esa flecha que lo tiene sujeto, sin atenazarlo? Debe hallar la manera. Ya no puede. Ya no va a poder más. Ya está a punto de. Y lo saben.

Ellos

Admitimos que su astucia es nula; pero le falta poco para que nos de vele. Este patrulleo va a cancelarse una vez que ocurra el accidente : un accidente común, mínimo. Ya lo vimos. Nuestra estatura está recostada a lo largo y ancho de la aburrida carpeta llamada tiempo. Fue suficiente echar un vistazo. Allí está. Es cuestión de un movimiento en falso, cuando se halle otra vez en la terraza luego de su último lance, porque no obsta anotar que volvió a intentarlo, el muy necio : abandonarse al vacío. Y nosotros, con presteza, nos dimos a la tarea de compactar sin brusquedad y casi con amor las partículas de aire. Improvisamos una especie de elástico que detuvo suavemente la caída. Ni un rasguño. Quedó suspendido en el punto intermedio del descenso. Le asombró el hecho de saberse capaz de tal proeza. Eso pensó, “estoy volando”, así como en suicidios anteriores había pensado, iluso, “mis tejidos se regeneran por sí solos”, “el calor de mi cuerpo evapora cantidades asombrosas de agua”, “mi corazón está hecho de acero”, “mis arterias soportan sin resentirlo el tránsito de la ponzoña más letal”... La próxima tentativa será distinta, pues está escrito (lo estamos

escribiendo) que morirá, que fracasará. ¿Cómo adivinó que la salida del laberinto estaba trazada en la transparencia de un lente, un poderoso lente capaz de incinerarnos?

Uno

Él los escuchó (así, repentinamente). Le dijeron cómo. No supo si el confuso coro de voces robóticas, como esputadas con hastío por un *sampler* antiquísimo, hablaban su lengua. Pero él comprendió. Él, con mayúsculas, no era después de todo un Él resucitado, era un par de letras ensambladas y un acento : no el Mesías, no el Superdotado, no el Vidente. Sólo eso, un él cualquiera. Unas grafías cualesquiera ensambladas sobre un tablero. Esa sensibilidad suya, tantas veces expuesta a las irregularidades demasiado violentas a las que era sometida, fue la que saltó el seguro. Y luego de escucharlos, pudo verlos, sorprenderlos en su malla estática. Eran cientos de millones (aunque ningún cálculo es exacto), distendidos más allá de su cuerpo y aun dentro de. Él era una parte, tan sólo una parte, y fea, del bordado. En la terraza. Estaba en la terraza. La última prueba de su inmunidad le había dotado de cierta confianza, de cierto coraje. La suerte de no haber muerto, o de no haber vuelto a morir, le avisó que ya no les temía. Un lente. Hallarlo. ¿Dónde? La gran mano no cejaba en su acomodo. Él la veía desde la terraza : un huracán gimiendo, sacudiéndolo todo para urdir un aparato nuevo al compás de voliciones apocalípticas. Una ráfaga le acercó el anhelado utensilio, entre la maraña ríspida de artículos que serían desechados. El impulso tardío se tornó inminente. Él extendió la mano para cogerlo, pero ya no había mano. Intentó adelantar la boca para apresarlo entre sus dientes, pero ya no había boca, ya no había dientes. Así como el desconocido recadero que esperaba inmóvil a las afueras del Reclusorio, él se difuminaba, se descosturaba, pero el punto rojo no, el punto rojo seguía. En su frente ardió más que nunca el estigma, el ángel de láser ardía, ensanchaba sus alas

circulares, su perímetro incandescente se duplicaba. Aquella intermitencia fue prolongándose hasta que no quedó nada excepto una señal de semáforo en alto que fue barrida por la gran mano, que no supo distinguir, inmersa en tal desorden de códigos y formas sustituyéndose unas a otras, dónde terminaban ellos y dónde empezaba él.

Ellos

Quien nos escucha, debe ignorarnos; de lo contrario, la oportunidad de morir, que es irrepetible, que obedece a los caprichos del entramado infinito de elementos azarosos que somos nosotros, no se repetirá jamás. Hay que aprovechar al máximo la muerte. Hay que saber cuándo y cómo es el momento, cuándo y cómo deben ser obtenidos los salvoconductos, los obturadores o los puentes. Porque morir no es gratuito. No todos mueren. Para algo y por algo se muere. Y una vez muerto, hay que seguir andando las rutas transversales...

Uno

No se explica cómo, después de su desarticulación, después de haberse regodeado en los lindes de la mortandad, ha vuelto a salir de un reclusorio que es el mismo Reclusorio y ha vuelto a recibir el telegrama que es el mismo telegrama. “El castigo recién ha comenzado. Usted no morirá. Prepárese para vivir”.

La mancha escarlata trepa por su pie. El ángel ha vuelto.